

aceite de ricino, la violación; una reeducación carcelaria diferente, que incidía en la religión y en el trabajo; unas condiciones en el interior de las cárceles de mujeres también diferentes: presencia de niños, por ejemplo; una penalidad incluso –en el caso de Madrid- también proporcionalmente exacerbada por el hecho de ser mujeres y, sobre todo, hubo un mayor hincapié en la reeducación moral, porque el hecho de ser roja y ser mujer equivalía para el franquismo no sólo a una opción política condenada y condenable sino a una catadura moral reprobable y punible.

Lo que caracteriza la represión de las mujeres es, sin duda, como bien subraya el coordinador, su carácter sistémico e integral que las hizo además especialmente sensibles en los tres niveles de la represión definidos por él mismo: el *nivel inferior*, es decir, la propia represión física en todos sus grados; el *nivel intermedio*, susceptible de ser analizado desde la perspectiva económica, administrativa, social y cultural y el *nivel superior*, derivado de los dos anteriores, que alcanza la represión psicológica, la que perduró a largo plazo, la que obliga a esconder la ideología, el libre pensamiento, la que reprime, en definitiva, la libertad. De todos ellos fueron víctimas especialmente propiciatorias las mujeres.

El estudio relativo a Galicia llega a similares conclusiones que las que ya se han recogido para otras provincias- caso de Madrid- especialmente en tanto incide en su condición de transgresoras. Y acaba afirmando que se las hizo víctimas de una represión específica en la que han optado por no profundizar. Ello no exime, a mi juicio, de una pequeña reflexión comparativa que hubiera redondeado y enriquecido –con poco esfuerzo- las conclusiones finales.

Ángeles Egido.
UNED.

DANIEL FERNÁNDEZ DE MIGUEL,
El Enemigo Yanqui
Madrid, Síntesis, 2012.

El autor nos ofrece un excelente análisis sobre los orígenes y desarrollo del antiamericanismo en España desde su surgimiento – localizados en el mismo nacimiento de la Gran República – hasta la firma de los acuerdos hispano-norteamericanos de 1953. Es este un ensayo útil e iluminador en al menos tres aspectos distintos pero interrelacionados. En primer lugar, al tratarse fundamentalmente de un ensayo acerca de intelectuales – sin olvidar la clara subordinación de estos a las autoridades gubernamentales durante la dictadura franquista –, viene a ocupar un espacio hasta ahora vacío en la literatura académica sobre relaciones transatlánticas que, aunque con notables excepciones de reciente publicación – como los monográficos de Pablo León Aguinaga y José Antonio Montero –, ha tendido a aproximarse a la relación bilateral hispano-norteamericana desde la perspectiva clásica de las relaciones diplomáticas y las acciones entre Estados. Desde esta perspectiva este libro se inserta plenamente en la más abundante literatura francesa y el creciente número de monográficos publicados en inglés desde la aparición del monumental *Transatlantic Crossings* de Daniel Rodgers. En segundo lugar, derivado de lo anterior, este ensayo también arroja nueva luz sobre otro aspecto relativamente poco explorado por la literatura académica, esto es, la vida intelectual española del último cuarto del siglo XIX y la primera mitad del XX en los círculos conservadores – destaca en este caso la excepción que representa el trabajo de Pedro Carlos González Cuevas -. En tercer lugar, la impagable labor de desbroce del Dr. Fernández de Miguel apunta hacia nuevas áreas de investigación tanto en el área de las relaciones transatlánticas como en el campo de la historia de las ideas.

Contrariamente a la percepción intuitiva del antiamericanismo, este se inició con el nacimiento de la Gran República y, por tanto, con

anterioridad a la crisis que condujo al desastre militar del 98, cuyos efectos sobre la imagen de Estados Unidos entre una intelectualidad conservadora ya marcadamente hostil fueron, nos dice el autor, limitados y durante la cual simplemente se reprodujo un discurso ya preexistente. Aunque este libro se centra en el ámbito de las 'derechas' y en los miembros de este más refractarios a la naturaleza (real o inventada) de la Gran República, el Dr. Fernández también explora las reacciones ante los norteamericanos entre los círculos de la izquierda, como el notorio antiamericanismo de Rafael Alberti y Luís Araquistáin. El antiamericanismo, nos recuerda el autor, es un fenómeno al que las izquierdas españolas decididamente filonorteamericanas – al menos en lo tocante a las instituciones políticas y el progreso tecnológico – del siglo XIX e inicios del XX se incorpora tarde, ya en el espacio que medió entre la Revolución de Octubre y los Acuerdos de Madrid de 1953. La presente obra también se asoma a la perspectiva un tanto disonantes del discurso dominante, como la de Ramiro de Maeztu, que aunque vinculada al ámbito conservador percibió a los norteamericanos bajo una luz más positiva de lo que fue norma; sin olvidar el punto de vista antinorteamericano de intelectuales conservadores en un sentido más amplio como el del liberal neoclásico Salvador de Madariaga. Se trata, por tanto, de un estudio centrado en la *opinión publicada*, en el punto de vista y las percepciones de un sector de la élite intelectual nacional. Tal y como el propio autor señala, salvo en momentos más o menos espasmódicos de intensa actividad propagandística como el que culminó en la guerra hispano-norteamericana de 1898, brilla por su ausencia la conexión entre el antiamericanismo de 'los sectores más formados' y la pasividad (cuando no abierta receptividad) de la opinión pública ante la influencia norteamericana.

Sin embargo, a pesar de la limitada difusión sociológica del antiamericanismo, Fernández de Miguel demuestra que la imagen de los Esta-

dos Unidos como 'el otro' en el que se encarna todo aquello ajeno (y por tanto nocivo), jugó un papel fundamental en la formación del discurso nacional conservador. Desde que el conde de Aranda advirtiera a Carlos III sobre los perniciosos efectos del naciente experimento político estadounidense, hasta el profundo desdén por el *American way of life* mostrado por Ortega y Gasset, el antiamericanismo contribuyó, en gran medida, a consolidar una identidad nacional española de corte conservador. El antiamericanismo sirvió, por tanto, de aglutinante para un modelo identitario sustentado sobre tres ejes interrelacionados: el discurso y noción de 'hispanidad' que localizaba en la Península el corazón de una comunidad cultural proyectada sobre la Americana hispana; el catolicismo conservador español; y, finalmente, un modelo de autenticidad basado en valores profundamente eurocéntricos y pre-modernos.

Ya entrados en el siglo XX Estados Unidos sirvió como encarnación de una modernidad fordista, liberal y democrática aborrecida por una amplísima mayoría de los intelectuales conservadores españoles. Los conservadores estereotiparon Estados Unidos como una nación vulgar, infantilizada e hipócrita dominada por la búsqueda hedonista del progreso material y carente del refinamiento cultural y espiritual presumiblemente abundante en España. En pocas palabras, Estados Unidos se convirtió, a ojos del conservadurismo español, en el principal depositario de la artificialidad moderna contrapuesta a la autenticidad hispana. El antiamericanismo de los conservadores españoles tendió a enfatizar ciertos estereotipos reproducidos reiteradamente a lo largo de la primera mitad del siglo XX y tan diversos como la para ellos deplorable libertad (en términos comparativos) de la mujer en la esfera pública norteamericana y la criminalidad asociada con el *gangsterismo* de los años 20. En este sentido, la ciudad de Nueva York y la novela satírica de Sinclair Lewis *Babbitt* sirvieron de prueba y símbolo de casi todas las iniquidades asociadas a los Estados Unidos. El

urbanismo y estilo de vida de la Gran Manzana reflejaba, para la mayoría de los conservadores españoles que la visitaron, la deshumanización de una sociedad dominada por una masa estandarizada, presa del maquinismo desalmado y obsesionada con los dictados del mercado libre. En *Babbitt*, los antiamericanos españoles – y no siempre es evidente que estos fueran conscientes del carácter satírico de la novela – encontraron la prueba del vacío espiritual personal alumbrado por dicha sociedad.

En realidad, señala el Dr. Fernández, el antiamericanismo conservador español, aunque marcado por peculiaridades decididamente hispanas, se encontraba plenamente alineado con corrientes de opinión similares presentes en el resto de las naciones europeas. Así, el antiamericanismo eurocéntrico exhibido por Ortega y Gasset es tan fácil de localizar en los puntos de vista de Martin Heidegger u Oswald Spengler como en el pensamiento conservador francés. No obstante, el periodo comprendido entre 1939 y los primeros años cincuenta constituye una fase particularmente intensa del excepcionalismo cultural español. El Dr. Fernández desbroza con especial detalle cómo las expresiones de antiamericanismo durante esos años son completamente dependientes de los avatares de una política del régimen Franquista que transitó entre la intensa hostilidad frente a los norteamericanos de los primeros años cuarenta hasta el sostenido intento de normalización que siguió al fin del conflicto mundial. A lo largo de todo el proceso el Franquismo persistió en la utilización del antiamericanismo como parte integral de un discurso dirigido fundamentalmente al consumo interno y cuyo objetivo era fortalecer la legitimidad del régimen y la cohesión en torno a la dictadura de sus distintas ‘familias’ políticas. Así, la noción de Hispanidad fue rescatada por los sucesivos gobiernos del General, que emplearon instituciones oficiales o íntimamente vinculadas con el aparato del régimen como el Consejo de la Hispanidad o el Instituto de Cultura Hispánica para proyectar una imagen ‘impe-

rial’ en la que Estados Unidos, de nuevo, jugaba el papel de adversario a batir. En la misma línea, la defensa del catolicismo conservador abrazado por el régimen cristalizó en, y fue reforzada mediante, ataques sostenidos contra Estados Unidos. Los activistas católicos del Franquismo no dudaron en identificar la Gran República con el protestantismo – como también lo sería con otros insignes miembros de la peculiar demología franquista, en particular la masonería y la comunidad judía internacional – y la expansión del mismo en España e Hispanoamérica. Yendo un paso más allá, los católicos del franquismo incluso denunciaron el *catolicismo* norteamericano como una religión superficial, inauténtica y eminentemente peligrosa cuando se proyectaba sobre la opinión pública española mediante el cine. Algo similar ocurre con la aversión por la modernidad encarnada por los Estados Unidos: la larga tradición antiamericana se reencarnó bajo el franquismo, por ejemplo, en los testimonios de buen número de militares destinados en aquella nación y que, con cierta monotonía, contraponen la superioridad de los valores militares premodernos del ejército español frente a la evidente superioridad tecnológica de las fuerzas armadas estadounidenses. La fuerza del discurso antiamericano dentro de la narrativa conservadora queda claramente evidenciada en las dificultades del régimen para reconvertir el mensaje antiamericano, próximo al Eje que dominó el Franquismo de la Guerra Civil y gran parte de la Segunda Guerra Mundial, en un discurso anticomunista y alineado con los Estados Unidos propio de la Guerra Fría. Tal y como demuestran las diatribas del Cardenal Segura, ya en la década de los cincuenta, por evidente que fuera la necesidad de incorporar el Estado franquista a la comunidad internacional, el grueso de la opinión conservadora española mantuvo su elevado nivel de hostilidad y escepticismo hacia los norteamericanos hasta extremos, con frecuencia, poco cómodos para el Gobierno.

Fernández de Miguel, por tanto, nos ofrece en este valiosísimo análisis de un sistema de

prejuicios y estereotipos sorprendentemente homogéneo y ya consolidado durante el último cuarto del siglo XIX. De cara al futuro de la investigación, del Dr. Fernández también nos ofrece, cuanto menos, tres nuevas vías de análisis. En primer lugar este libro evalúa como, a medida que el siglo XX avanzaba, los intelectuales conservadores españoles modernizaron el discurso antiamericano incluyendo elementos nuevos y ajustando aquellos previamente existentes. Lejos de ser un modelo ideológico muerto o un callejón ideológico sin salida, el antiamericanismo conservador español mostró claros síntomas de adaptabilidad a la realidad que dominaría la órbita occidental a partir de los años sesenta. Así, por ejemplo, ya al final del periodo analizado la revista católica *Ecclesia* denunciaba, como venía siendo habitual, la presunta agresividad imperialista de los Estados Unidos en Hispanoamérica pero lo hacía incidiendo sobre las campañas de control de la natalidad impulsadas desde el vecino del norte. A lo largo de la década de los cincuenta también aparecería entre los conservadores españoles la incipiente preocupación por el creciente consumo recreativo de estupefacientes en Estados Unidos y la ‘laxitud moral’ asociada a la cultura estadounidense. Aún quedaban lejos los debates acerca de la liberación sexual de la mujer, el uso de la píldora anticonceptiva o sobre la interrupción voluntaria del embarazo de los años sesenta y setenta pero las líneas de batalla de las ‘guerras culturales’ de aquellas décadas ya empezaban a formarse –y a influir en el contenido del discurso conservador antiamericano.

En segundo lugar, tal y como el Dr. Fernández esboza, los acuerdos hispano-norteamericanos de 1953 supusieron un punto de inflexión en el proceso iniciado en 1917 de creciente antiamericanismo entre los intelectuales de izquierdas y la adopción –irónicamente– por parte de estos de buena parte del argumentario antiamericano desarrollado desde círculos conservadores en tanto que, al socaire de la Guerra Fría, entre las filas de buena parte del conservadurismo euro-

peo se produce el desplazamiento inverso, hacia posturas crecientemente filoestadounidenses.

En tercer lugar, el autor ofrece una imagen nítidamente clara de la alineación del antiamericanismo conservador español con sus homólogos en el resto del viejo continente, no obstante, los vínculos con la intelectualidad conservadora norteamericana apenas son abordados en este estudio. Llevado de la mano por sus propias fuentes, la realidad de los Estados Unidos tiende a aparecer en este texto de forma homogéneamente liberal, industrializada y moderna. Sin embargo, un sector significativo de la opinión publicada estadounidense –desde los Agrarios Sureños de los años de entreguerras recogidos en *I'll Take My Stand* hasta los conservadores filo-franquistas de *National Review* a partir de los años cincuenta pasando por el propio Sinclair Lewis– venía ofreciendo críticas a la modernidad secularizada e industrializada sorprendentemente asimilables al antiamericanismo europeo. Así, las virulentas críticas contra el débil e inmaduro liderazgo norteamericano frente a la Unión Soviética pronunciadas por cierto sector del ejército español encontraron su paralelo en la obra de James Burnham o Frank Meyer, en tanto que las críticas a la arrogancia estadounidense frente a España y la celebración del catolicismo tradicionalista español pueden localizarse en la publicaciones de Willmoore Kendall. En la misma línea, la asimilación entre la materialista modernidad estadounidense y el modelo soviético presentes entre los conservadores españoles encuentran cierto eco en la obra de L. Brent Bozell y otros miembros del sector más radicalizado del movimiento conservador norteamericano.

David Sarias Rodríguez
Universidad San Pablo-CEU